

Tessa Randau

EL BOSQUE DE LAS CUATRO PREGUNTAS

La historia de un encuentro
que lo cambió todo






Ilustraciones de Ruth Botzenhardt

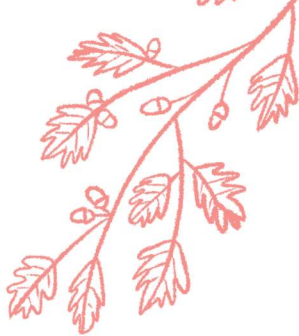
Traducción:
NOEMI RISCO MATEO



MAEVA | *inspira*



QUIEN 
♡* SIGA ♡*
SU BRÚJULA
INTERIOR, LLEGARÁ
← A LA META →
CON LOS
  OJOS  
CERRADOS



EL ENCUENTRO

CUÁNTAS VECES ME habré devanado los sesos preguntándome qué fue lo que hizo que me dirigiera hasta allí aquel día. ¿Quizá el sol que, tras una larga ausencia, brillaba con tanta intensidad que parecía que hubiera vuelto el verano y me daba la sensación de que todo era posible? ¿O había sido debido a ese momento hacía dos días, cuando de repente me encontraba en el suelo del comedor lloriqueando, rodeada de miles de migas de pan y manchada de puré de zanahoria? Tal vez fue la tensión que sentí en el pecho al salir corriendo del trabajo, agobiada, y meterme en el coche para llegar a la guardería y al colegio cuanto antes. Apenas recuerdo haber llamado a la canguro para que fuese a recoger a los niños. Le dije que tenía otra reunión importante. «Puede que se me haga tarde», añadí. Luego arranqué sin saber a donde me dirigía.

Mucho después, cuando ya había aparcado el coche hacía un rato, seguí a pie por un sendero estrecho, flanqueado por árboles altos de hoja caduca. El follaje marrón rojizo susurraba sobre mi cabeza. Los rayos ocres del sol de la tarde, que se filtraban inclinados por los huecos ocasionales, bañaban el ambiente de una luz cálida. Y entonces lo vi. Mi claro. El viejo roble nudoso, en cuyo tronco grueso había grabado a duras penas mis iniciales, extendía sus poderosas ramas como si quisiera darme la bienvenida. Una suave brisa meció con suavidad sus doradas hojas al suelo. Bajo el árbol ajado, pero todavía de una pieza, estaba el viejo banco. No había cambiado nada. Aquel trocito de tierra parecía ajeno al paso del tiempo. Era como si hubiese llegado a casa.

Me senté y pasé la mano por la madera áspera, cubierta de líquenes, que noté agradablemente cálida. ¿Por qué hacía tanto tiempo que no iba por allí? ¿Cómo era posible que aquel lugar hubiera desaparecido de mi vida durante tantísimos años? De pronto me inundó una profunda tristeza y los ojos se me llenaron de lágrimas. Pero ¿qué me pasaba? ¿Por qué perdía el control ante cualquier detalle insignificante? ¿Por qué estaba siempre irritada y a la mínima me ponía de los nervios? Aquella misma mañana le había echado la bronca a mi nueva compañera de trabajo

por haber enviado por error dos cifras equivocadas. Una tontería por la que normalmente no habría puesto el grito en el cielo.

Me quedé contemplando el sol, que ya tocaba el horizonte, y suspiré. Estaba realmente cansada y necesitaba dormir. La noche anterior, el pequeño me había despertado casi a cada hora con ataques de tos. Y, antes de eso, apenas había dormido, porque había estado dándole vueltas a mi nuevo proyecto para la empresa.

«Cuando llegue a casa, no pienso hacer nada; me voy a ir directa a la cama después de acostar a los niños», decidí. Me sentí mucho mejor con solo pensar en que iba a dormir. «Necesito urgentemente un descanso», pensé.

Recordé con anhelo el amplio sofá que teníamos en el salón, y que, en los últimos tiempos, se usaba sobre todo para saltar. ¡Qué bonito habría sido volver a sentarse allí, tranquila, a leer una novela negra, sin que nadie me molestara! O relajarme en la sauna, envuelta en un agradable vapor. O salir otra vez a comer con mi amiga Heike, beber dos o tres copitas de vino, tener una buena conversación y no preocuparme por nada. ¡Cuánto lo echaba de menos!

Suspiré. Una vez más fui dolorosamente consciente de lo mucho que añoraba a mis mejores amigas.

Desde quinto, Melli, Gisi, Heike y yo habíamos sido inseparables, pero la vida nos había distanciado. Además, tenía que cruzar medio país si quería ver a Melli. Por otro lado, Gisi se había mudado a Estados Unidos, y con Heike tampoco quedaba mucho, aunque viviéramos en la misma ciudad. Nos habíamos visto por última vez hacía tres meses, en su cumpleaños. Ya apenas hablábamos por teléfono.

—¡Basta de autocompasión! —me regañé y me enjuagué los restos de las lágrimas con la palma de la mano.

Al instante saqué el móvil del bolso, que había dejado a mi lado en el banco, y escribí: «¡Hola, Heike, te echo de menos! ¿Te apetece una noche de chicas? A mí me encantaría». Después añadí un emoticono sonriente y noté que la cara se me alegraba. Pulsé «enviar», me recosté y cerré los ojos.



LAS 16.00. LLEGABA puntual como un reloj. Subí corriendo las estrechas escaleras que accedían a la pequeña terraza. La mayoría de las mesas ya estaban ocupadas, pero no veía a Heike por ninguna parte.

—*Ciao, bella* —me saludó Luigi, que salía en ese momento con una bandeja llena—. ¿Cómo estás?

Dejó dos *latte macchiato*, una copa de helado con nata y un trozo de pastel enorme en una de las mesas de madera clara en la que estaba sentada una pareja de pelo cano.

—*Prego* —dijo y luego añadió de nuevo dirigiéndose a mí—: Hoy te sientas aquí.

Se acercó a una mesa pequeña en el borde de la terraza, desde donde se podía disfrutar de unas vistas al río especialmente bonitas.

—Gracias —respondí y me senté—. ¡Me alegro de volver a verte!

—¿Qué te pongo? —me preguntó mientras sacaba la libreta para tomar la comanda.

—Gracias, pero esperaré a que venga Heike para pedir. Tiene que estar al llegar.

—¡Oh, qué bien! —exclamó Luigi antes de guiñarme el ojo—. Entonces volveréis a pedir la copa de la amistad, ¿verdad?

—Quién sabe —contesté y sonreí al acordarme.

Heike y yo lo conocíamos desde que íbamos al colegio. Aquella heladería pequeña y acogedora acababa de abrir, y solíamos ir acompañadas de Melli y Gisi. Como no teníamos mucho dinero, casi siempre

compartíamos un vaso enorme de crocanti con nata al que Luigi, en broma, llamaba «copa de la amistad».

Me recliné. Aquel día, el comienzo del otoño mostraba su lado más bonito. Debajo de la pequeña terraza se extendía el río, por cuya ribera muchas personas disfrutaban de los últimos rayos veraniegos a pie, en bicicleta o con patines de línea. Las hojas de los altos árboles que bordeaban ambos lados lucían tonos de lo más diverso: rojos, amarillos, verdes y marrones. Me quedé contemplando un instante cómo un labrador saltaba entusiasmado al agua para ir a buscar un palo y luego miré el reloj. «¿Dónde está Heike?», me pregunté nerviosa, pues a las seis tenía que marcharme para ir a recoger a los niños.

Llevaba días cruzando los dedos para que no se pusiera enfermo ninguno de nuestros hijos y tuviéramos que quedar en otro momento. Ya había costado bastante encontrar una fecha. Desde que le había enviado el mensaje en el bosque habían pasado dos semanas. Días en los que a duras penas había podido tirar de mí.

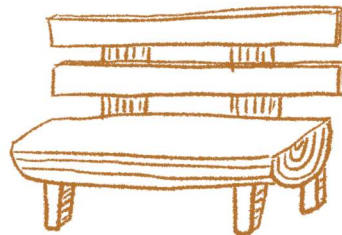
Las cuatro y veinte. ¿Estaría en un atasco? Saqué el móvil del bolso, que había dejado en la silla vacía a mi lado, y escribí: «¿Dónde estás? ¿Va todo bien?».

Al cabo de diez segundos llegó su respuesta: «¡Oh, no! ¿Era hoy? Lo había apuntado para el próximo miércoles. ¡Lo siento, cielo! ¿Te va bien ese día? Un abrazo fuerte. Heike».

Media hora más tarde llegué al viejo banco. Me pesaban las extremidades como si llevase todo el día arrastrando una enorme carga. Me senté y miré hacia arriba. Los últimos rayos del sol de la tarde aún brillaban con la fuerza suficiente para teñir de dorado la copa del viejo roble. Me hundí lentamente en el respaldo y cerré los ojos. Sentía cómo el viento me rozaba con suavidad los brazos y oía el trino de los pájaros, que me llegaba desde la copa del árbol. El cuerpo cada vez me pesaba menos y los párpados cada vez más. Era como si los sonidos del bosque me llevaran flotando hacia otro lugar.

—Qué sitio más bonito, ¿verdad? —oí que de repente decía una voz extraña.

Di un respingo del susto y abrí los ojos. A mi lado, en el banco, estaba sentada una anciana con el pelo blanco que me sonreía. ¿De dónde había salido? No había oído nada.



—No quería molestarla —dijo—. A veces me siento aquí a reflexionar un poco.

Por un instante tuve el impulso de levantarme. No había ido allí en busca de compañía. Al contrario. Pero a lo mejor la mujer se marchaba si se daba cuenta de que yo no estaba interesada en charlar. Así que volví a cerrar los ojos mientras oía a un pájaro escarbar en la maleza.

—Busca algo —interrumpió de nuevo el silencio. Sus palabras sonaron más a afirmación que a pregunta.

«Sí, tranquilidad», me habría gustado responder, pero me contuve antes de abrir los ojos de nuevo.

—¿Por qué lo dice? —pregunté en su lugar mirando de lado a mi vecina de banco.

Tenía el pelo peinado hacia atrás, recogido en un moño. Debajo de su sencillo vestido blanco de lino, que le llegaba hasta los tobillos, se apreciaba un cuerpo fuerte y delgado.

—Me ha dado esa impresión —contestó.

Cerré de nuevo los ojos. Estaba cansada. Tremendamente cansada.

—Ya desde pequeña me encantaba este sitio... —volví a oír aquella voz a mi lado al cabo de unos minutos. Tenía la esperanza de que la mujer desconocida hubiera desaparecido tan silenciosamente como había llegado.